

Ojos vacíos

Úrsula I

Lectora empedernida y aprendiz de escritora, sandramilenaisa@gmail.com

Hijo, sal del baño ¡ya llegaron los invitados!, –¡no quiero ir, Mamá, ya te lo dije!,– pero, amor, ¿cómo vas a faltar a tu fiesta de cumpleaños?

–¡Tú sabes que no me gusta, déjame aquí!, ¡diles que estoy enfermo!

–Pero, Marcos, hijo, son solo ideas tuyas

–¡No quiero!

Trato de abrir mis ojos, un pequeño rayo de sol me lastima la cara, estoy bañado en sudor, ¡otra vez esa maldita pesadilla!

Lentamente me voy sentando y, como puedo, con los dedos, trato de peinarme, aunque la verdad, poco me importa mi aspecto.

Aún medio dormido, miro a mi alrededor, reconozco las paredes desconchadas que alguna vez fueron blancas, cubiertas con dibujos obscenos y recortes de revistas con fotografías de mujeres desnudas, mi pequeño catre con una colchoneta sucia, dura y mal oliente, y los gruesos y fríos barrotes que me separan del resto de delincuentes de alta peligrosidad que hay en este patio.

No puedo creer que lleve ocho años aquí encerrado, todavía me quedan veintidós más, bueno, al menos aquí estoy tranquilo, no tengo que encontrarme por todas partes a esos demonios de caras blancas, nariz roja y zapatos enormes, ellos sí que deben estar felices de que yo esté aquí.

¡Malditos, como los odio!, de solo pensar en ellos se me acelera el corazón, sudo a mares y siento que me hierve la sangre. Todavía recuerdo mis fiestas de cumpleaños cuando aún era un niño, mientras mi mamá empezaba con los

preparativos para la fiesta, yo planeaba una buena excusa para no presentarme, ya que varios días antes empezaba a sentir los primeros síntomas de ansiedad que me producía tan solo pensar en ese espantoso personaje que contrataban mis padres especialmente para ese día...

El infierno se desató para mí el día en que cumplí siete años. Todo estaba listo para mi fiesta, había globos, dulces, helado, muchos juegos y sorpresas para mí y mis invitados, vendrían todos mis primos y compañeros del colegio. Mi papá estaba muy contento de haber conseguido un payaso para que animara la fiesta, lo anunciaban en el periódico, se llamaba “Pedrín, el payaso bailarín”, cuya novedad era que además de ser payaso también hacía trucos de magia.

En el patio de mi casa, todos estaban muy contentos, hacía una tarde fresca, yo era el centro de atención, corría por todas partes. Al llegar la hora de la presentación mi mamá llamó para que viéramos al gran Pedrín, todos estaban muy contentos, era muy popular por los trucos que hacía. A mí los payasos no me hacían mucha gracia que digamos, me preguntaba constantemente qué era lo que ocultaban bajo el maquillaje, me hacían sentir algo incómodo.

Entró con su cara blanca, su boca pintada, yo me preguntaba ¿por qué se pintaba la boca si no era mujer?, su vestido tenía parches de colores por todas partes, su voz era chillona, y como había preguntado mi nombre, me llamó para ser su asistente, lejos estaba de pensar que no era el típico payaso.

Para su primer acto llamó a mi prima Carolina al escenario, me ordenó que pusiera dos sillas juntas para que Carolina se acostara, ella obedeció y de pronto él hizo que levitara, ¡¡sííí levitó!!

Debía ser brujo o algo así, todos estaban maravillados, mientras Carolina chillaba en el aire aterrorizada, yo, cada vez más asombrado, me cercioraba de que no hubiera cuerdas ni nada por el estilo. Estaba totalmente alterado, pero no imaginaba que, en este instante fatídico e inolvidable, mi vida quedaría signada.

Pedrín pedía a todos silencio, lo que fue muy difícil, pues se preguntaban unos a otros cómo había logrado hacer levitar a Carolina.

Para su siguiente número tomó actitud ceremonial, bajó del escenario y de un momento a otro ¡se sacó la cabeza del cuerpo y la puso en mis manos! Yo no lo podía creer, no podía respirar, me ordenó que la pasara por cada uno de los niños mientras reía de una forma escalofriante y su cuerpo vacío corría y brincaba por todas partes mientras agitaba sus brazos.

Las madres estaban aterradas, al tiempo que los niños seguían pasando aquella cabeza que reía frenéticamente, cuando llegó a mis manos nuevamente la puse en el cuerpo que siguió riendo y saltando. Yo empecé a gritar histéricamente, no me podía controlar, el terror me paralizó por completo, aunque intentaron explicarme el truco, estaba totalmente aterrado, no quería ese demonio cerca de mí.

Estuve dos semanas sin poder dormir, me despertaba llorando por las pesadillas que aún hoy sufro. Mis padres se vieron obligados a llevarme a terapia, no podía salir a la calle, ir al centro comercial sin toparme con algún anunciante vestido de payaso y tener un ataque de pánico, sentía que me seguían donde fuera.

Los psiquiatras esperaban que con terapia lograra superar aquel trauma, pero eso nunca pasó, me convertí en un joven solitario, por mi constante miedo no tenía amigos, todos se burlaban de mí, mis compañeros de universidad se vestían de payasos solo para verme huir llorando.

¡Cómo odiaba los payasos, arruinaron mi vida, me convirtieron en este ser abominable!

Me convertí en noctámbulo. En una de mis correrías por la ciudad, de una cantina, salía música muy fuerte, pero oí algo que llamó poderosamente mi atención, una horrible risa chillona que me devolvió a mi cumpleaños

número siete, al horror que sentí el día en que mi vida se vino abajo. Mi primera reacción fue salir corriendo, pero el miedo me paralizó cuando la música de la cantina paró y la luz se encendió, salieron de allí dos figuras tambaleantes; una era tan menuda que a duras penas se sostenía en sus tacones, la otra, un poco más alta y gorda que reía con ese tono que rechinaba en mi cabeza.

Estaba totalmente congelado cuando se acercaron, la mujer me dijo en tono burlón: –¿Qué pasa, niño, se te perdió tu mami?–, el hombre me miró y pude reconocer esa silueta, esos ojos vacíos, esa expresión cínica que veía en mis pesadillas. Le dijo a la mujer: –No te preocupes, Nancy, debe ser un yonqui pidiendo monedas para su vicio– y siguieron por la calle zigzagueando.

Algo se apoderó de mí, mis siguientes recuerdos son borrosos. Al rato reaccioné a los sollozos de la mujer que estaba en el suelo arrastrándose hacia atrás como un insecto repugnante, el hombre, “Pedrín, el payaso bailarín”, bañado en sangre, con la garganta abierta, miraba al cielo con sus ojos muertos, y en mis manos un trozo de lata oxidada mostraba algunas gotas rojas...

El segundo de esos malditos payasos lo hallé caminando por la calle, seguramente salía de uno de sus patéticos shows. Sentí la misma rabia, el mismo ardor en la sangre. Lo encontraron ahogado con uno de sus pañuelos.

Descubrí lo que era el verdadero placer, la satisfacción, mi razón de ser en este mundo, borrar para siempre esas escalofriantes sonrisas maquilladas.

Mi carrera fue bastante prolífica. Tengo en mi haber más o menos nueve de estos despreciables seres que me llenan de un miedo incontrolable, pero que aún viven en mis pesadillas. ■